CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS · SEMINARIO BIBLIOGRAFICO

Núm. 16.

No me Olvides;

PERIÓDICO

DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

20 *de agosto de* 1837.

A este número acompaña la estampa litografiada, obra de don FEDERICO MADRAZO, que hemos prometido á nuestros suscritores.

LAURA Y PETRARCA.

Nosotros no conocemos ya aquellos antiguos amores; aquellos amores tímidos y respetuosos que duraban tantos años, que se alimentaban solo en la memoria del mas ligero beneficio, de la mas insignificante muestra de preferencia,—en la esperanza de un favor aun mas pequeño; aquellos amores que se profanaban con solo llegar á un oido mortal, y que solo confiaban los enamorados á sus hermanos, los ángeles! Y esos amores se conservaban en el fondo del corazon como en un santuario impenetrable á toda mirada profana, y eran el consuelo para toda clase de dolores; eran el móvil de toda la existencia, el aliento de toda la vida, la llama sagrada de la inspiracion del artista y del poeta. No creais que el arte solo ha hecho esas *madonas* celestiales, llenas de candor y de hermosura, que nos han legado tantos pinceles inmortales, esas figuras de muger que la poesia ha engalanado con todos sus encantos, con todo su espiritualismo; no creais en esa inspiracion vaga, misteriosa, incierta—toda la gloria de esa obra pertenece á un recuerdo! Aquella *madona* ante la cual doblamos la rodilla; aquella muger velada en las maravillas de la poesia, es algun ignorado amor de poeta—uno de esos amores que habrá conservado oculto en lo profundo de su alma sin escribir al pié de su retrato el nombre de su modelo, considerándose dichoso si, bajo su tela ó entre sus versos, se trasluce algun resplandor de esa llama que causa su felicidad ó su tormento. Y cuando la gente en tropeles se estasiaba delante de aquel cuadro en donde veia una muger encantadora, cuando admiraba la creacion mas delicada que pudiera haber animado jamas la poesia "qué hermosa" esclamaba la turba de admiradores! y él, el pintor ó poeta, se decia en silencio:

"Qué parecida!"

Ah! no volvereis á conocer estos amores—en nuestra edad toda pasion verdadera, todo sentimiento profundo es casi ridículo! Felices amadores los de los tiempos caballerescos! entonces eran conocidos estos amores. Entonces, y cuando las costumbres conservaban aún algun reflejo de tradiciones; cuando el hermoso sol de las creencias brillaba aun fuera de su ocaso—porque en los tiempos del romance y de

la balada, el respeto, la veneracion, y la idolatria eran deberes en el amor: y aquellas damas encantadoras no recelaban entregarse á la sola vigilancia de su caballero para atravesar la aspereza de las selvas y de los bosques.

¡Oh Petrarca! por eso la noble y virtuosa señora de tu corazon no temia estar sola á tu lado á la orilla de esa fuente; por eso en los abrasados dias del estío pasabais alli unidos, separados del mundo, soñando felicidad y respirando amores y poesia, esas horas preciosas de embriaguez veladas por esos árboles sombrios en una trasparente gasa de mágica frescura y de verdor! del mismo modo que el Tasso, oh poeta! nada pedias entonces á tu amor, cuando tanto esperabas, cuando tan poco te prometias.

«Molto brama, poco espera, nulla chiede.»

Sí, este amor alimentado de esa manera por espacio de tantos años, este amor que, resistiendo á la ausencia, resonaba en melodiosos cantares, mezclándose al vago murmullo de las aguas de Valchiusa, mezclando sus febles y delicados acentos de tristura, puros y aromados, como los acentos de un angel que se levanta del seno de los lagos, á los misteriosos ecos que vagan sobre los iris vaporosos de esa fuente solitaria, que le recuerda la fuente donde pasaba tan dulces momentos;—que duerme agitada y murmuradora como la virgen de los campos que mueve los sonrosados labios y sonrie dormida soñando inocencia y candor; este amor que recuerda en las llanuras del rio Colon esclamando tan dulcemente:

"Ovunque gli occhi volgo,
trovo un dolce sereno,
pensando: qui percosse il vago lume;"

este amor que no es capaz de estinguir el mismo casamiento de la hermosa Laura de Noves; este amor por el que el señor de Sade, su mismo esposo, no se inquieta ni teme, nos parece en el dia extravagante y aun imposible. — Tal vez nos inspira solamente una duda ó una sonrisa...

Y sin embargo de este modo vivió el poeta, cantando su dama, su dama ausente, la muger que otro poseia y que solo en sus versos le pertenecia á él, pobre poeta... Y el recuerdo de un guante que al acaso habia ella dejado caer y que él habia recogido, y el recuerdo de aquella mano blanca y perfumada en la cual lo habia colocado y que quizás por distraccion ó por azar se habia apoyado un dia en su brazo, era toda la inspiracion de su lira;—mientras que para el corazon de la dama de Sade el recuerdo de su Petrarca, de su poeta, era un pensamiento á la vez de dulzura y de melancolia. — Por eso no lo ocultaba á su esposo; por eso este pensamiento no la causaba sonrojo cuando acariciaba la blonda cabeza de sus hijos que la rodeaban.—Los dos pasaron sus dias halagando tan castos y singulares amores; y cuando Laura murió, su poeta, uniendo su tristeza á la del señor de Sade, la lloró por todo el resto de su vida!!...

Ah! cuando volveremos á sentir estos amores de pureza y de poesia!

P. DE M.

Fragmento.

O Dios mio! si, al dormir
la vez primera en la cuna,
cuando mi alma de angel
aun se con conservaba pura,
cuando en mi mente de niño
no habia mancha ninguna,
que solo el haber nacido
en el mundo era mi culpa!..
revocáras el decreto
con que en tu colera abrumas
al mortal que has destinado
al dolor y á la amargura!
si mis futuros tormentos
me cambiaras por la tumba!..
si entonces con mi inocencia
me abrigaras en tu altura!...
Alli elevára mis cánticos
entre el incienso que ondula,
formando nubes de plata

que tu semblante no ocultan.
No maldijera el instante
en que la cruel fortuna,
sacándome de la nada
me espuso á la rabia tuya!
. . . . . .
. . . . . .
Ah! señor! á la palmera,
si el huracan la derrumba,
soplos le envia en sus alas
que conservan su frescura;
contento con derribarla,
pasa sobre ella en su furia,
sin requemar en sus tallos
la savia que alli circula.
Pero, ay! que á mí, al destruirme,
mientras de mi vida apuras
uno á uno los instantes
para que mas dolor sufra;
envias tambien al alma
fuego con que se consuma,
y que su solo consuelo,
sus ilusiones destruya!
Solo crueles recuerdos
de ya pasadas venturas,
son el alivio á las penas
que ora mi alegria nublan!
Y en el oro de tu sol,
y en la plata de tu luna,
y en el azul de tu cielo,
que al hombre el pensar endulzan;
no hallo yo mas que recuerdos
y memorias importunas,
que, en vez de secar mis lágrimas,
para que broten me punzan.
Y la oscura noche triste,
y la monótona lluvia,
y el viento descadenado
que amenazándome zumba,
y el estampido del trueno,
y la destructora furia
del rayo, con que tu cólera
á los mortales anuncias,
no me arrancan á mis penas,
ni me aterran, ni me asustan,
me traen solo recuerdos
de ya pasadas venturas!

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

Placer, recuerdo y olvido.

(Véanse los números 13 y 15 de este periódico.)

OLVIDO.

Vosotros los que maldecis á la muger coqueta, los que envidiais la suerte de ese ser frágil que vive en los placeres, que se entrega hoy al bullicioso contento que ayer despreciaba, que quebranta hoy los juramentos hechos ayer, si supierais cual merece vuestra compasion, mas bien que vuestro desprecio, ese ser veleidoso é inconstante!.. Pobre niña!. que á la flor de su edad es arrojada en esa sociedad estúpida é inmoral en donde jóvenes corrompidos la reciben y la cercan, repitiéndole mil y mil máximas perversas que la infeliz cree y en las que se fia la infeliz!.. Hasta el mismo baile la engaña; parece ofrecerle un encanto eterno que se disipará muy en breve; las ilusiones se le ofrecen como realidades, y en todo cree y á todo se abandona.

Una jóven es educada en la casa paterna y nutrida de máximas puras de virtud; ofrécele todo su encanto la inocencia, su atractivo los placeres íntimos del corazon. Llora por todo, por los males agenos; por la felicidad propia; se entusiasma al contemplar el genio, ama al encontrar la virtud!.... Contra nada se precave porque no conoce el peligro; su educacion de niña se ha concluido, fáltale su educacion de muger. Tal vez se ofrece á sus miradas un hombre puro que la va á buscar á la soledad y le dice: toma mi corazon y guarda tus virtudes!!; que la ama con un amor en que hay algo de angelical, que aparta hasta de su memoria la idea de la seduccion y la perversidad, que trata de purificar su alma, de empaparla en sentimientos de severa moral, y por fin que se ofrece á ser en este mundo, su amigo, su amante, no su adulador, su corruptor.

Esta pobre muger no resiste á tanto encanto; ama tambien, se deleita al escu-

char palabras de tan pura simpatia, y por fin jura ser la compañera de aquel hombre. Sus sueños entonces son tan deliciosos!... Tener tal protector en el mundo!.

Pero está ya en edad de frecuentar la sociedad, de hacer brillar sus atractivos ante la turba de impertinentes curiosos que bullen en los salones; es preciso que la austeridad de las costumbres domésticas sea interrumpida por esos placeres inocentes que ofrecen los brillantes círculos: el baile, el canto, las galas. Cuando un padre no se opone, ¿con qué títulos se ha de oponer un amante?... Su placer es ser el protector, no el tirano, de aquella muger!..

Él mismo le abre las puertas de los festines; él mismo la columpia dulcemente entre sus estasiados admiradores, y hace lucir, á la brillante luz de la esperanza, sus diamantes y sus ojos!... Cuando, pálida de cansancio y goce, se arroja sobre los cogines, él se coloca á su lado para contar los latidos de su corazon, para recoger los suspiros de sus labios!...

Pero luego se pierde ella en el baile con otros jóvenes de rostro hermoso y elegantes formas, y contempla con mas libertad los festones y las gasas, los candelabros y los artesones. Sus pervertidos acompañantes alagan sus oidos con espresiones de hipócrita adoracion que ella no ha escuchado jamás, y luego ellos le hacen reparar en los encantos del baile, del movimiento eterno del cuerpo; de alli se ocupan en atraer á la jóven á la continua movilidad del alma, y por fin le hablan de amor en términos que ella jamás ha oido, y que la embriagan. Mientras tanto el primer amador permanece tal vez olvidado, temiendo que aquella flor que ha traido á tal lugar sea corrompida y hollada.

La muger que se espone á oir, por fin oye; la que oye, en breve escucha; y la que escucha, no está lejos de responder.— Asi insensiblemente, y sin que la infeliz se aperciba, se halla en los lazos de la veleidad, cuando no en los de la corrupcion. Pobre muger!... y es envidiada tal vez!... y es maldecida de su primer amador!... Mas merece compasion que odio!... En breves años se ajan las gracias del rostro, se apaga el fuego de las miradas, y entonces la coqueta se halla sola, siendo el objeto del desprecio general, sin tener á quien tornar los ojos sin vergüenza, sin poder decir á nadie: "ven á mi socorro."—Cada cual la mira y dice: "Fué hermosa" y prosigue su camino.—La sociedad que la ha pervertido la rechaza; el hombre que la ha amado está entregado ya á la insensibilidad, al escepticismo, y la rechaza.

Ah! esa muger coqueta que todos despreciamos, merece mas bien nuestra compasion!... Su reinado es tan corto!... Su viudez es tan larga!... Son tan fútiles sus placeres!... Son tan eternos sus pesares!... Destrozó el corazon del que la ha conocido antes de ser coqueta; pero él destroza el suyo cuando ha dejado de serlo!... Una frágil muger paga tan caro el mal que causa!... Tengámosla lástima!... Cuando alguno de esos seres se presenta á mi vista, jamás deja de inspirarme compasion!... Otros le odiarán, yo solo le acompaño en su llorar!...

He aquí el fin de mi cuento.

La jóven que atravesó los mares en la corbeta francesa, que amó tanto en el Ecuador, en el Cabo de Hornos, en Cobija, halló en Guayaquil esa turba de Tenorios y Maranas, polilla de la sociedad moderna, que hicieron de ella una coqueta!...

El jóven fué sabedor de todo, y partió al pueblo donde se hallaba su amada; se humilló á ella hasta un punto de que se degradara si no la idolatrara tanto. Lloró, suplicó, se valió de cuantos medios le sugirió su idolatría á aquella muger; la perdonó; todo en vano. Ella se entregó al deleite, á la vida de ilusiones, y cuando él se hubo convencido de que nada bastaba á volverla á sí, la despreció; y *del desprecio al olvido solo hay un paso*—y este paso, el jóven, lo dió por fin.

El olvido!... y qué fuera de la criatura

sin el olvido? sin ese dulce velo que cubre tanto asqueroso cadáver, sobre el cual se vé obligado á pasar? Sin el olvido, cómo podria el hombre soportar la ingratitud de un amigo, la infidelidad de un amante?... Sin el olvido, cómo viviera el hombre que ha cifrado su felicidad toda en una flor que el tiempo marchita?... Ah! el olvido es un gran bien que Dios ha hecho á la criatura.

J. DE S. Y Q.

EL LOCO!!

(Véase el número anterior.)

Amigos! volvió á repetir, sí, tuve muchos, y en particular uno á quien hice singulares favores, que me pagó con la muerte... pero vos no sois del pueblo... ¿á qué habeis venido á él?

—A curarme del mal de pecho que padezco.

—Dios mio! tambien él padecia ese mal, y vino moribundo, lleno de melancolía el corazon, hecho un cadáver!... Sí, el marques de ooo se presentó un dia á nosotros; entonces vivia la pobre Eugenia – vengo, me dijo, á tomar los aires; he padecido tanto! á los veinte años encontrarme en un estado decrépito con un alma de jóven! Esa maldita corte ha pesado sobre mí con todos sus vicios. Hablaba de la corte de Cárlos IV. Pérfido! yo le ofrecí mi casa, mi caballo, y hasta las inocentes y naturales gracias de mi pobre Eugenia para que le distrajesen. Si no hubiera sido por nosotros, hubiera muerto de tristeza, porque todos los del pueblo miraban con asco su amarillento rostro, sus ojos apagados, y su completa estenuacion.

Una lágrima surcó las mejillas del tio Manolis permaneciendo un rato en silencio; luego murmuró algunas oraciones, dió varias vueltas con suma agitacion por aquellos sitios, y acercándose mas á mí observé que en sus manos traia algun objeto.

No me habia equivocado. Mostróme una trenza de pelo negro, llena de barro, y húmeda por la lluvia que inundaba aquellos lugares.–Mirad su pelo, si pudierais comprender á que cabeza pertenecia esta trenza! Mi hija era muy hermosa. Pobrecilla! Muchas veces venia con el marques á esta misma peña á contemplar estos barrancos, á respirar estos aromas; su brazo servia de apoyo al enfermo que recobraba nuevas fuerzas en el paseo... y mi pobre hija por él, sí, por él habia roto las relaciones con sus amigas, que no querian tratarse con la enfermera de un tísico. Cuantas veces latía mi corazon enternecido al ver la sensibilidad de la heredera de mi nombre, su verdadera caridad cristiana! pero me engañaba, pues todo era amor, sí, un amor diabólico que aquel espíritu, lanzado de la sentina de corrupcion, habia sembrado en el alma cándida de mi lugareña. El marques recobró su salud, quiso pagarme con oro lo que solo se paga con agradecimiento, y ni una moneda recibí. Pronto llegaron sus criados y sus coches, y pronto, entre la inmensa polvareda del camino real, vimos desaparecer á aquel eje descompuesto, y ya en buen uso de una máquina corrompida.

Mi hija lloraba en secreto. Todas las mañanas se dirigia al camino de Madrid con las lágrimas en los ojos, y tornaba pálida y abatida al hogar paterno. Yo la observaba en silencio. Una noche, víspera de S. Juan, qué noche! se arrojó en mis brazos moribunda, y me confesó que pronto iba á ser madre! qué el cielo habia presenciado su union con el marques! El cielo, esclamó con sonrisa diabólica el tio Manolis, que es el peor de todos los testigos, que jamás castiga á quien implora su testimonio, y luego le desmiente, de quien todos se sirven para burlar la inocencia, porque estan seguros de que no ha de responder á los gemidos de las víctimas. Ay! todas las heridas cicatrizadas ya, todas las heridas recibidas en campaña por el rey, la religion y la nobleza, de la que uno de sus miembros me ultrajaba, se abrieron

de nuevo. Me puse frenético; pero luego lloré con Eugenia, sí, con mi pobre Eugenia que habia sido vilmente engañada, que habia creido en las palabras de un cortesano. Dos meses transcurrieron desde la víspera de S. Juan, y mi Eugenia fué madre. Por aquel tiempo fuí tambien á Madrid á ver al marques. Qué mudanza! aquel jóven estenuado, pálido y abatido, era un robusto mancebo, orgulloso, cubierto de oro, y de bandas y de cruces. El primer dia que le ví fué en un magnífico coche. Con que alegría me abalanzé á la portezuela; pero, ay! los caballos corrian mas que yo.

Al cabo de mucho tiempo pude penetrar en su casa sufriendo el insulto de porteros, lacayos y ayudas de cámara. Pero por fin hablé al marques. Desde entonces conocí la distancia que nos separaba, la que habia de mi cortijo á su palacio, de mi trage al suyo, de mi honradez á su maldad, de mis leales perros á sus viles criados, de mis ahumadas paredes y cuadros de santos á sus gabinetes orientales y obscenas pinturas. En vano le recordé aquellas mañanas de abril en que los tres respirábamos el aroma de las flores por los campos de mi lugar, en vano le hablé de mi hija y de su hijo. Frunció las cejas, quiso reparar con oro mi honor, y hasta me amenazó como á un esclavo. Mi cabeza se arde. Entonces hablé con la energia de un veterano, con la elocuencia de un padre, con el atrevimiento de un hombre ofendido, pero me hallaba en aquella edad que llaman vejez, en la que el hombre es tan solo el ludibrio y befa de los jóvenes, porque el alma está debilitada y su cuerpo encorvado hacia la tierra sin fuerzas que mandar, no tiene un brazo bastante para dar la muerte. Lloré, señor forastero, me arrastré por la estancia, supliqué de rodillas; yo! que habia tenido á mis plantas mil veces á los enemigos de mi patria, yo condecorado con las cruces del valor me arrodillé ante aquel afeminado jóven. Los criados me lanzaron de su casa. En vano apelé á la justicia y agoté mis riquezas. Yo era la befa de Madrid. Mi oro no podia competir con el suyo; yo volví á mi pueblo arruinado, sin consuelo, sin esperanza, porque hasta el suicidio me era prohibido, puesto que creia en Dios y en mi religion. Pronto se divulgó por el lugar la noticia. ¿Creeis que aqui fueron mas virtuosos que en Madrid? No, apedrearon mis ventanas, insultaron la debilidad de mi hija, y viéndome arruinado todos me abandonaron. El amor de mi Eugenia le atribuyeron á orgullo, su flaqueza á disolucion, mi cariño paternal á falta de enerjia, y nuestra desgracia á castigo del cielo. ¡Qué dias tan amargos! Hija mia, pobre hija mia, esclamó, bañando la trenza con sus lágrimas y aplicándola á sus labios, tú sucumbiste al peso de tus desdichas. Sí, mi hija no articulaba palabra alguna desde que la conté el resultado de mi viage.

Una tarde lluviosa como esta, ví que se dirigia lentamente á esta peña; cuando yo llegué la encontré sentada en la elevacion, la cabeza entre las rodillas, vuelta al camino de Madrid; estaba muerta! muerta! señor forastero. Yo sentí entonces dentro de mí un frio mortal, ignoro lo que pasó; al cabo de un rato me encontré rodeado del médico, alcalde y señor cura en mi casa, y oí distintamente: *está loco*, *se ha vuelto loco*!

Cuando muere una jóven la visten de blanco y las compañeras del lugar llevan la caja acompañándola al cementerio; á mi pobre Eugenia todos la abandonaron; pero qué importaba, ella llevó por caja los brazos de un padre y por acompañamiento mi acerbo dolor. Hoy hace tres años.

El tio Manolis quedó en un profundo silencio, luego rió como un niño é hizo mil locuras y estravagancias; por fin, cogiéndome de la mano, salimos de aquellas bóvedas al campo. Yo sentí mi rostro bañado en lágrimas. La tempestad habia cesado, el arco iris con sus brillantes colores anunciaba la calma, una suave brisa mecia las copas de los árboles. Este

aspecto presentaba la naturaleza, me dijo el loco, la tarde que la enterramos.

O.... 14 de junio.

P. L. G.

Palencia 1836.

Serafin, angel del cielo,
Hasta la tumba te adoro;
Recoje mi ardiente lloro,
Nadie te amará cual yo.
Eres bella cual la aurora,
Y aun mas bella, virgen mia,
Que, tras de la noche umbria,
El dia que te engendró.

Tu aliento es bálsamo y rosa,
Tu mirar es fuego eterno,
Y deme Dios el infierno
O el vivir al par de tí.
Vales mas que cielo y tierra,
Mas que un placer, que un deseo;
Ah! cada vez que te veo
El delirio siento en mí!.....

J. DE S. Y Q.

FRAY LUIS DE LEON,

drama en cuatro actos, representado en el teatro del Principe el 15 de agosto.

Solo un literato de muchísimo mérito podia haber escrito este drama, y sin embargo este drama adolece de bastantes defectos. Hablando con propiedad y franqueza, la parte dramática de esta produccion es mala, y la lírica siempre bella, y muchas veces admirable.

Antes de entrar á examinar la parte literaria de este drama, debo detenerme á considerar otra cuestion de no menor importancia que se halla envuelta en esta obra, y que á mi ver debiera tener siempre muy presente todo escritor. Es esta la cuestion filosófica. ¿Es útil, es conveniente, es oportuno, es necesario, es permitido, cuando se trata de presentar en escena un hombre célebre, adulterar los hechos, y pintarlo de sentimientos contrarios á los que ha tenido en su vida? Y si ese hombre célebre es FRAY LUIS DE LEON, el hombre mas puro de su siglo, cuyos escritos son el encanto de toda alma sensible, que hace amar sus obras por la pureza del que las escribió, ¿es permitido destruir esa creencia general en seres débiles, y hacerles mirar las obras que inspiró la virtud mas acrisolada como el fruto de una pasion desgraciada, como una venganza del mundo? Y si el hecho sobre que está calcada semejante produccion es de todo punto inexacto, no habrá razon para decir que el autor se ha valido de un nombre ilustre y puro para acrecer su particular reputacion?...

Hé aquí las preguntas que yo dirigiera á toda persona imparcial, y hé aquí las preguntas que condenan la obra que ha sido representada hace pocas noches, y que el público ha recibido con reprobacion. El daño que se puede hacer á la humanidad adulterando un hecho de la vida de un rey, de un personage cualquiera que pasó, puede ser de alguna trascendencia porque puede inducir en errores históricos; pero el que se causa pintando á FRAY LUIS DE LEON presa de debilidades mundanas, es de suma importancia y de naturaleza tal que es deber de todo escritor, que tenga conciencia, el clamar altamente contra tamaño abuso.—Las obras de este varon singular son el patrimonio de los siglos; andan en todas las manos, inspiran á todos los corazones, consuelan todas las desgracias. Apenas hay escritos en que mas haya influido el caracter del autor que en estos; todo el mundo ha oido contar con edificacion las virtudes de *Fr. Luis*, de ese hombre admirable que renunció á las riquezas, á los honores con que el mundo lo convidaba, no por mezquinas pasiones, sino solo por satisfacer su sed de contemplacion y estudio. Al tomar en las manos las obras del admirable agustino ¿no parece que se está viendo desnudo el corazon del hombre bienhadado que las dictó?.. No influye tal vez en el ánimo de los lectores

la fé ardiente con que han sido trazados?.

Y si esto es así, qué objeto puede tener el pintarnos á *Fr. Luis de Leon* como un hombre que se ha acogido al claustro por que no ha podido satisfacer pasiones mundanas?... Y pregunto yo el objeto, porque si hubiera uno quizás perdonaria gustoso el error gravisimo en que el autor quiere inducirnos; pero cuando es inutil.. ¿cómo no clamar contra él?...

Sabido es que *Fr. Luis de Leon* tomó el hábito de religioso agustino á los diez y seis años, edad en que no habia tenido tiempo para desventuras de amores, sobre todo suponiendo, como se supone en el drama, que estos amores eran antiguos entonces.—Este solo hecho prueba el modo poco exacto con que ha sido presentada la historia en esta produccion, y como estoy seguro que no hallaré en esto oposicion alguna, por ser un hecho constante, no me estiendo mas á probarlo, si bien estoy pronto á hacerlo si se pone en duda mi aserto.

Hé aquí en resumen mi opinion en la cual coinciden casi todas las personas á quienes la he manifestado.

Fr. Luis de Leon es un drama de muy mal ejemplo, porque está calcado sobre un grave error que ha de hacer á personas débiles al menos leer con poca fé las obras del gran poeta.

El desempeño de la obra es defectuoso, si bien la versificacion es admirable: el primer acto es lánguido; el segundo y tercero buenos, si se esceptua la conclusion de este último que es una calumnia inútil; el cuarto es una verdadera profanacion. Dificil fuera por no decir imposible justificar este último acto; nada hay mas inverosimil á mas de menos dramático; nada menos inteligible y nada por decontado que repugne mas al buen sentido. Sin embargo la bellísima y fluida versificacion de todo el drama arrancó aplausos, y se conoce que el autor es un verdadero poeta, si bien creo que su carácter no es dramático. El que ha dicho

"Morir como esos reptiles
Que de una mirada abarcan
Todo el espacio en que viven,"

merece ciertamente un aplauso de admiracion.

El público ha recibido mal este drama, y no ha cesado de chichear y silvar durante el último acto.

Como no ha pedido el nombre del autor, segun costumbre, y este no se acompaña al anuncio de la obra, bueno será advertir para evitar murmuraciones, que el autor de esta obra debe ser para mí un desconocido á quien en otras respeto y quiero con mucha sinceridad. Cuanto he dicho va encaminado solo á aclarar una cuestion de filosofia, en la cual he entrado con tanta mas libertad cuanto que, ignorándose el nombre del autor del drama, á nadie ofenden mis razones y mi voto particular por severo que sea.

Mi veneracion á las obras de *Fr. Luis de Leon* es tal que solo se puede comparar al sentimiento que me ha causado el ver que una persona de mérito muy relevante, se haya ocupado en darles un origen que, se puede asegurar, no tienen - hé aquí porqué he sido tal vez mas severo de lo que acostumbro. La mision del escritor público es abogar por el imperio de la moral.

J. DE S. Y Q.

Debe en breve representarse un drama en cuatro actos titulado: ANTONIO PEREZ Y FELIPE 2.º—Tenemos las mejores noticias de esta producion, que es la primera obra dramática de un distinguido escritor.

Editor *JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.*

Este periódico sale todos los domingos; precio 4 rs. en Madrid y 5 en las provincias. Suscríbese en Madrid en la redaccion calle de Jardines, num. 36 cuarto bajo, y en la librería de la Viuda de Cruz, frente á las Covachuelas; en las principales librerias del reino y en todas las administraciones de correos.

Madrid. Imprenta y redaccion del No ME OLVIDES, calle de Jardines, n. 36.